

Lino Daniel

“Marianeta Vientrepiedra”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 65, julio-septiembre de 2023, pp. 66-68.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Marianeta
Vientrepiedra

Lino Daniel

> …las piedras calvas del mundo
> [son] como escoriados colmillos de una
> ira invisible.
>
> Ana María Matute, *La trampa*

A mi piedra de toque

Marianeta ha pasado toda la mañana buscando con los pies descalzos, sintiendo la humedad que deja el rocío más allá de las primeras horas de la aurora; sus dedos regordetes se abren escudriñando entre la hierba un pedrusco fino, unas veces plomizo, lleno de diminutas pecas, y otras casi blanco, cubierto por cinturones de color. Hasta que, de repente, bajo su planta siente el cuerpo duro y frío del fruto mineral deseado. Y con los dedos de su pie lo examina, la pequeña se inclina y lo coge entre sus manos redondas, lo aprisiona y observa. Después lo acerca a su rostro y las aletas de su nariz se abren: aprehende el olor húmedo de piedra empapadita de sol.

¡No había más que verlo! Era lo que, por largo rato, había estado buscando: un guijarro pequeño abombado, perfecto. Se había estado escondiendo bajo una rama negra de sombra verde. La pequeña Marianeta no duda: se lo lleva a la boca de inmediato, lo recorre con la lengua y lo hace chocar con sus dientes primero, y luego con sus muelas, y en seguida lo desliza –sin dificultad, por ser casi diminuta la piedra– por la garganta. Satisfecha echa su cabeza hacia atrás; con el rostro mirando hacia arriba, y viendo el cielo como lo hace en esa posición, un benteveo cruza ante sus ojos. Vuela hasta la canaleta de barro donde tiene un nido abigarrado, y allí, de pie sobre sus dos patas finas como alambres, ladea su cabeza y grita a la pequeña que lo observa:

–*Bichofeo* –le dice el ave–, *bichofeo* –repite atiplado–, *bichofeo* –le llama tres veces.

Marianeta entonces le hace un ceño y desea encontrar pronto otra piedra, esta vez una imperfecta y puntiaguda para lanzarla en contra del ave. Mas sucede que, antes de emprender la búsqueda, su madre, inadvertida, desliza sus pasos hasta ella, sin apenas delatar su andar rengo sobre la hierba. La alcanza justo en el momento que la pequeña apuraba a dar con algún proyectil para atinarle al benteveo y castigar así su impertinencia. La pilla desprevenida y la levanta del suelo, y una vez entre sus brazos, introduce sin aviso el índice dentro de la boca de su hija, buscando el mínimo rastro de arenilla que delate el bocado ingerido; sin asombro, la madre comprueba que sobre su dedo ensalivado granos oscuros se hallan; apenas minúsculos restos de asperón delatan la rutina matinal de la pequeña. La madre abandona el jardín, se lleva dentro de la casa a su hija, a quien cree afectada por la pica, o peor aún castigada por la herencia del padre desconocido.

La mujer que ahora era madre de la pequeña litófaga, hubo un día de ser, aunque renca, gentil y graciosa zagala. Sin embargo, la mala fortuna le había estropeado el carácter y la belleza. Su hija era fruto del ardor etílico de un viejo divisionario, que se había hecho de ella a la fuerza entre el sopor de la ebriedad y el miedo. Del villista se sabía o se contaba solo que, como Demóstenes, había amaestrado su voz practicando las órdenes de su general con piedras en la boca hasta que hubo robado el tenor de las rocas, y que con él era capaz de despeñar un monte; y que en el fragor de las escaramuzas los federales enloquecían al escucharlo, creyendo que esa voz que se imponía a las coces, a los gritos, a las detonaciones, no era de ningún hombre de aquella endemoniada División, sino que era la del mismísimo y condenado Diablo.

De la cópula que ese veterano le impuso a la joven nació una

La mujer que ahora era madre de la pequeña litófaga, hubo un día de ser, aunque renca, gentil y graciosa zagala. Sin embargo, la mala fortuna le había estropeado el carácter y la belleza. Su hija era fruto del ardor etílico de un viejo divisionario, que se había hecho de ella a la fuerza entre el sopor de la ebriedad y el miedo.



Tropas estadounidenses y de Carranza usan trenes para buscar a Villa. Campaña mexicano-estadounidense en pos de Villa [ca. 1916]. Archivo de la Biblioteca del Congreso. https://www.loc.gov/item/96513069/.

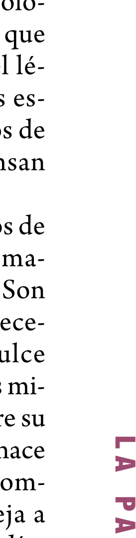
criatura, una niña, que a decir de todos cuando la conocían, era toda fealdad: Marianeta.

•

A Marianeta, con el vientre henchido por los menudos cantos que ingería, se le veía siempre taciturna y ensimismada. Solía deambular vacía de pensamientos sobre las motas de pasto en el jardín de la masía donde su madre era moza. Sola, abandonada durante horas, se dedicaba a recorrer descalza cada tramo del vergel. La mujer, su madre, había intentado sin éxito curarle el vicio con melaza y endrina que untaba en el paladar de su hija, hasta que esta se descomponía en arcadas. No obstante, el remedio agridulce engolosinaba a la pequeña. Los ridículos guijarros, menores que una uva temprana, le suponían delicadas golosinas envueltas en el oropel de la luz diurna. Haría falta escocerle la lengua con una cuchara de metal caliente, para afectarle el gusto.

La mujer y su hija habitaban en un gineceo de viejas fámulas sin nombre, conocidas nomás bajo el patronímico mote de Las Páez; unas harpías cuya piel, apenas hollejo, se adhería a sus formas óseas de tan ancianas que estaban. La madre de Marianeta servía como las viejas en una masía de piedra enjalbegada, que brillaba alabastrina sobre una estera grande de hierba azul que se extendía larga sin escollos ni pliegues, hasta la linde de un río; un río angosto y de caudal relumbrante donde las viejas y la madre de Marianeta hacían la colada temprano y cuyas aguas poblaban redondos cantos grises y negros; así como guijarros que la corriente revolvía como pequeños ajolotes niños. Hay veces que el torrente impulsa uno fuera del cauce –no un ajolotito, sí un pequeño guijarro–, que lejos del agua se hunde en el légamo o se aferra a las grietas estrechas de los cuerpos rocosos de caimán dormido que descansan varados en la orilla.

Marianeta sabe hallar a los de su tipo y con sus reducidas manos los extrae de las sombras. Son acociles pétreos que, como recelosos crustáceos de agua dulce que son, se defienden con sus minúsculas tenazas, ocultos entre su escondrijo. Por eso su madre hace tiempo que no le permite acompañarla a hacer la labor y deja a Marianeta huérfana en el jardín, donde tumbados entre los mechones de pasto azur los pequeños guijos silvestres descasan con la cara hundida en su centro y con la espalda pelada mirando hacia el sol. Allí no hacen ningún mo-



vimiento. No hay ruido que delate su presencia; duermen sobre la alfombra vegetal con la menor perturbación, apenas si cambian de postura, no hay ninguno que se atreva a bostezar. Perezosos, duermen como las grandes rocas de la montaña.

• •

A la noche, casi blanca de tan larga, la pequeña Marianeta no duerme por el rumor de las aguas que repiten el croar de las piedras. A través de una ventana ella ve la claridad de la luna que en lo más alto del cielo nocturno luce nevadita, cubierta de azúcar, toda ella una gran roca dulce, dulcísima. La niña se resiste al sueño, aunque sus párpados, vencidos, se van entrecerrando. Y agotada por la somnolencia, la pequeña se hunde en su cama mullida. El sueño se le va subiendo al cuerpo con su caminar de hormiga.

Y en la noche y duermevela se escuchan entonces voces extrañas: un coro de agua mansa que a la noche desvela y a Marianeta arrulla… que va sonando así, por lo bajito, hasta que la pequeña, profundamente dormida, despierta, en otro sitio que no es otro que lo más insondable del sueño.

Allí, la pequeña viste un camisón amarillo, el mismo que usaba al ir a la cama; sus pies recién lavados se encuentran desnudos sobre la hierba vaporosa del ensueño. El cielo, forrado en terciopelo cerúleo, libre de nubes y láminas de sol, se extiende como un telón por encima de la copa de los árboles de ramas y hojas imperturbables, que no se mecen bajo brizna alguna de viento. Todo es calmo en derredor de Marianeta, quien en medio del jardín luce más opaca y fea que de costumbre: su cuerpo esmirriado y desproporcionado a duras penas logra sostenerse en pie, el peso de su vientre la hace trastabillar al dar el primer paso, es como si cargara un pequeño saco de patatas verdes.

El olor del cieno llega hasta ella; el río parece cercano. La pequeña *vientrepiedra* avanza rápido, pero con dificultad. Bajo sus pies los diminutos cantos rodados van reptando entre la hierba, y como si de un cortejo se tratase van llevándole el paso por detrás. La niña y los pedruscos caminan rumbo a las aguas del río. Un ligero zumbido va creciendo en los oídos de la pequeña, que se acerca a la orilla conducida por las más disimiles formas minerales. A su alrededor se va formando un corro de los más redondos granos de piedra, algunos apenas más grandes que una semilla de manzana. Todos van girando unos tras otros como si de abalorios se tratase; el círculo formado bajo sus pies se abre y cierra; en conjunto se mueven al compás de una ronda infantil secreta. A la niña esto le provoca una felicidad estúpida, un gozo que le descompone el rostro. Desencajada, como está, por el entusiasmo, Marianeta va cogiendo una a una las píldoras de calizo que la rodean y encaminan dentro del agua. Una tras otra va tragando aquellas diminutas rocas sin hacer mucho caso del agua fría que le va envolviendo el cuerpo. Su vientre crece dentro del agua y se hace más pesado, aunque dentro de las aguas la carga le parece liviana. Las piedras del río se arremolinan en torno a la litófaga. Vibran apretujadas, unas encima de otras. La pequeña glotona se va hundiendo con cada bocado, cae irremediablemente dentro de la boca que las rocas forman. Cientos de dientes redondos se hincan en su piel, en su carne, en sus huesos, la mastican hasta deformarla. Es engullida por completo dentro de las aguas del río, y atraviesa una gruta oscura que la conduce hasta el estómago del infierno donde el magma se encarga de deshacerla.

• • •

Dentro del cuarto la cama vacía y las cobijas revueltas han dejado al descubierto la ausencia de la niña. Su madre, aún con las prendas de dormir, la busca por la habitación primero, y después por todos los corredores y cuartos de la casa; luego sale al jardín a buscarla, creyendo que allí estará Marianeta con la cabeza baja y la mirada clavada en la tierra oscura y fría. La mañana despierta florecida, recién bañada se ha vestido de colores nítidos y de esplendor. La mujer no encuentra entre los retales del jardín a su pequeña. Solo corre en el lugar el ligero rumor del agua. El río serpentea más allá de la hierba del patio grande de la casa blanca; blanca como la ausencia de la Marianeta sobre su cama. En lo alto del canal pluvial de barro, dentro de su enmarañado nidal, el ave de cabeza cebra y pecho amarillo trina tres veces:

–*Bichofué, bichofué, bichofué.* **LPyH**

Lino Daniel estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Fue becario de la FLM. Actualmente es beneficiario del PECDA Veracruz en la categoría Jóvenes Creadores, por el género de poesía.

El general Villa y la señora Villa [1 de enero de 1914]. Archivo de la Biblioteca del Congreso. Col. Bain News Service. https://www.loc.gov/item/2013645910/. >